



# Los ángeles visten de locos

POR DAYANA GUILLÉN

encuestar a otros viejitos, muchas gracias por su apoyo, me saluda a don Herminio cuando despierte, recuerde que en noviembre debe llevarlo al banco a cobrar el primer pago. ¡Cuidelo mucho! Por acá regresaremos a darle seguimiento.

Elena y Joaquín se estaban despidiendo, cuando en ese momento el maquinista despertó, lanzó un fuerte quejido, tosió, trató de levantarse, se arrodilló, estaba ahogado y morado, le faltaba el aire y balbuceo: — *¡Llegó mi locomotora! Este será mi último viaje, ¡Dios ayúdame, me falta el aire! Ay, me duele el pecho*— Trató de levantarse nuevamente y cayó sobre lo que fueron los durmientes de las líneas del tren, en su mano había una vieja foto de la locomotora 07 donde aparecía sonreído y saludando desde la ventana. Todos corrieron y levantaron al viejo maquinista y se lo llevaron al hospital; su leal amigo “el liniero” ladró y aulló por la partida de su amo luego se echó en los cartones que le sirvieron de cama al maquinista. Se afirma que de allí no se mueve, permanece en ese lugar, esperando a su amo.

---

LUIS OSCAR PITTÍ MIRANDA, David, Chiriquí, Panamá, 1946. Licenciado en Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad de Panamá, Diplomado en Creación Literaria por la Universidad Tecnológica de Panamá en el 2010, realizó estudios en inglés en Florida State University. Ejerce la comunicación social desde 1970 en emisoras y televisiones nacionales.

Dicen que la vida es un respiro, y yo era asmático.

Graciela era la vecina más alocada de todo el edificio, o al menos, la que más fama de loca tenía. Había otras, como la que quemó a su perro el día de San Lázaro, o la que salió en ropa interior en pleno aguacero de mayo, supuestamente a bañarse en la playa. También estaba Paco, el mecánico de carros del segundo piso, que estaba construyendo una máquina del tiempo con las piezas inservibles que iba sacándole a los autos viejos. Pero la que más fama de loca tenía en ese conglomerado de 245 apartamentos de mala muerte, era Graciela.

Todos los días se levantaba a las 3 de la tarde, y abriendo puertas y ventanas de par en par, ponía la música a todo volumen en su equipo Sony 4 en 1, modelo Magnum 33, en la opción de karaoke, e iniciaba el concierto más desafinado que oídos pudiesen resistir. Varias veces llamaron a la policía los vecinos, y todas las veces la policía salía de la casa con la cabeza baja, derrotados sabe Dios con qué argumentos. Y una vez más, las paciencias eran puestas a prueba por un tiempo hasta que alguien volvía a caer en la desesperación.

Así fue como un día, el tercero de sus vacaciones, mi mamá, que nunca lidiaba con eso pues siempre ocurría en su horario de trabajo, me mandó a casa de Graciela a decirle que si no quitaba la música llamaría a la policía.

—¿Quién es? —respondió Graciela cuando toqué la puerta

—Es Raulito, el del piso 8vo.

—Oh.... ¿qué quieres?

—Le traigo un recado.

—Bueno, grítamelo, que ahora no puedo abrirte la puerta.

—Por favor Graciela, ábrame o mi mamá me castigará —le dije yo intentando persuadirla. Sabía que estaba loca, pero quizás sí tenía buenos sentimientos.

Luego de un pequeño silencio la puerta se abrió y una figura grande e imponente apareció. Era una mulatona, ya pasada en años y en libras, que delataba una hermosura pasada irresistible. Su busto, ya caído, era muy grande para su peso, como si hubiese amamantado hijos alguna vez, más bien un pelotón de bebés. ¿Acaso habría tenido hijos? Nadie le conocía familia.

—Adelante...pase Ud., señorito.

No había terminado de decir esto cuando ya yo estaba adentro. ¿Cuál no fue mi expresión cuando vi toda aquella belleza en un apartamento de 60 mt2 de un solo cuarto? Las paredes pintadas de verdes y azules, en infinitas combinaciones de figuras y tonos, eran solo violentadas por cuadros sobrios de grises, blancos y negros, y por pañuelos felizmente cayendo en distintas formas desde un sombrero, desde una escultura, o incluso, desde un hacha.

Los sillones de la sala, todos de madera vieja y dura, habían sido tallados con figuras animales, armoniosamente ordenadas, dando la sensación de una fiesta folklórica. La mesa del centro, también de madera, tenía talladas las mismas figuras pero con algunas en blanco nácar, y en la parte superior, un tablero de ajedrez incrustado gritaba "respeto" para su dueña. Los portavasos eran toda una revelación del ser. Tablitas de corcho contorneadas, regalándole a la imaginación del observador su más íntima conversación con su subconsciente, prometían hacer pensar en combinaciones de sentidos e ideas al que estuviera dispuesto a detenerse a descifrarlos.

Unos cojines muy cómodos estaban tirados estratégicamente al rededor de la mesita, tentando al visitante más cansado a la más placentera siesta. Por entre ellos estaba tirados unos pétalos de rosas frescas, recién sacados del hermoso rosal que crecía en una de sus dos anchas ventanas. Un incienso a medio quemar ya había llenado la habitación de olores suculentos, y resistiendo al

aire fresco que circulaba de ventana a ventana, se había incluso impuesto al olor del rosal.

Estaba yo con la boca abierta, sorteando mi vista y mi olfato, cuando ella me interrumpió:

- ¿Y qué quería el niño Raulito?

- Eh, bueno, verá....

Bajé el cabeza, apenado ante esta persona divina, y sin la determinación para sobreponerme a la jerarquía generacional y a la de territorio.

- ¿Qué? ¿Has venido a decirme cómo debo vivir mi vida en mi casa?

Me quedé inmóvil. Aquella señora se atrevía a intimidar a este pobre mensajero del diablo, y aun así se mostraba vulnerable, santa divinidad hecha mujer. A la vez que marcaba bien su territorio y sus derechos me daba papel de inquisidor, elevando mi inteligencia y mi experiencia a niveles nunca antes alcanzados, me trataba como un igual, que podía inquirir con tanto derecho como un adulto, aunque en este caso estuviera inquiriendo lo equivocado. Santa divinidad hecha mujer, que en su postura desafiante me regalaba respeto. Me había elevado de simple mensajero a contrincante suyo. Yo, claro, ante tanta importancia inesperada no supe cómo reaccionar.

- Yo... yo.... yo venía a preguntarle algo....

- Pues habla de una vez.... y vete.

- Pero, ¿por qué me trata tan mal? Ni siquiera sabe a qué he venido.

- Sí lo sé - me dijo mirando fijamente, sin dudas en sus ojos - Pero hagamos algo. Si no es lo que yo digo, me disculparé y hasta te invitare a un té de yerbas y unas galletitas. Pero, si estoy equivocada te vas ahora mismo de aquí, le dices a tu madre que llame a la policía ya si quiere, y aquí no pones un pie más en tu vida.

- Un té y unas galletas no reponen su mala actitud - le respondí aun si subir la cabeza. Y aun así, sentí que sonrió, antes de contestar:

- Tienes razón... tienes mucha razón. Entonces te daré algo mucho mejor, que compensará de sobra mi actitud.

Sentí su vista clavada en mí. Sabía que me miraba esperando a que yo subiese la cabeza, sonriente, esperanzada por un momento, queriendo ser sorprendida.

—Ok, le diré. Por favor no se ría.

Me atreví entonces a subir la cabeza, lentamente, y a mirarla a los ojos.

—Solo quiero saber....

En eso tocaron la puerta, para mi salvación. Un señor que jamás había visto en mi vida me ofrecía tiempo para inventarle una razón a Graciela.

—Qué bueno que llegaste. No sabía si vendrías....

—¿Cuándo te he fallado? ¿Eh, Graciela?

—Bah... cállate, charlatán.

En eso el hombre flaco y con aspecto de intelectual con mala vida notó mi presencia. La verdad era todo un contraste con aquella habitación. Su piel pálida con manchas rosadas de distintos tonos, venitas azules, y granitos; su pelo reseco en las puntas y aceitado en las raíces, sus pupilas nerviosas insertadas en unos ojos enrojecidos, sus ojeras profundas y moradas, una argollita en la oreja izquierda y una voz de fumador acérrimo, ya lo definían. Mi primera impresión: un tipo de vicios nocturnos y preocupaciones más grandes que sus vicios.

—¿Un invitado?

—No, ya se iba...

—No te apresures mujer, que no tengo tiempo para que lo despaches... hola niño - me dijo con una mirada rápida y giró en sus pies, dándome la espalda y dirigiéndose a Graciela nuevamente - ando corto de tiempo, cinco minutos y me voy.

—¿Cuándo no?

—¿Y tú para que quieres que me quede más tiempo, eh?

—No te hagas el listo.

El hombre sonrió pícaro, habiendo ya olvidado al niño del rincón que lo observaba a través de su imagen reflejada en el espejo.

—Tú te lo pierdes.

—Bueno, ya, déjate de idioteces que tienes poco tiempo.... ¿trajiste el dinero?

—Cada centavo.

—Ok, espérame aquí.

Salió ella de la habitación, moviendo su fondillo grande sin ser inmenso, con todo el encanto que siempre lo hacía. Y mientras tanto, seguía la música andando, y mi mamá quizás preguntándose por qué diablos tardaba tanto su hijo en dar el mensaje, y cómo era posible que la música siguiera su paso imperante. El hombre la miró irse, sin quitar su vista del fondillo divino, ¿acaso tribulando algún negocio para tenerlo una noche a su merced? Graciela regresó rápido de la cocina y antes de que él abriera la boca, dijo:

—Esto es para ella. Es un regalo.

—Dios la bendiga Graciela, y Dios se lo pague....

—No lo hago por ti.... bueno, ahora vamos a lo tuyo...

—¿Dónde me pongo?

—En el sofá... espera que traigo una sábana.

Salió de nuevo Graciela, ahora al cuarto, pero esta vez el hombre no se atrevió a mirarla caminar. Su expresión había cambiado, y la gratitud, que aun cabía en su rostro, le había devuelto 5 años de juventud.

—Tírate ahí - dijo Graciela mientras tendía la sabana sobre el sofá

El cuerpo flaco y maltrecho cayó como saco de huesos, a punto de desordenarse. Las manos gorditas y bien cuidadas de la diosa se atrevieron a quitarle la camisaapestosa a aquel hijo olvidado de Dios, y la escena de la espalda hizo su cara parecer bella.

—Ha mejorado mucho... si sigues así en un mes estás curado... y lo estarías antes si bebieras menos y fumaras menos

—¿Quién está apurado? - y acto seguido reaccionó, y bajó la hostilidad ante la mano que velaba por él - tienes razón...pero ¿sabes? ...un problema a la vez...

—Me gusta eso que has dicho.

—No creo que pueda con todo a la vez...

—Muy bien. Haremos algo. En un mes, cuando esto esté curado, te haré un tratamiento para la bebida primero.... Verás como poco a poco vamos devolviéndote esa lozanía que deberías tener a tus escuetos 33 años.

Me quedé paralizado. ¿33 años? Ese hombre parecía de la edad de mi abuelo. 33 años tenía mi madre y parecía su hija.

Todo el diálogo se desarrolló mientras ella le frotaba una medicina de preparación casera en su espalda. Diez minutos pasaron antes de que ella dijera:

—Ya está. Listo, hijo.

—Eres un ángel.

—No exageres.

—Sabes que sí.

—Bah.

—¿Me dejas?

—Por supuesto.

En eso el hombre tomó el micrófono del karaoke y empezó a cantar. Era un martirio, un simple martirio, insoportable, grotesco. Graciela solo

gritaba:

—¡Sácalo!... ¡sácalo!... ¡Saca lo que tengas dentro!... ¡Sácalo!

El hombre más inspirado que nunca se dejaba llevar, se olvidaba de la melodía de la canción de fondo, marcando su propio ritmo, y solo lanzaba gritos de llantos y penas, súplicas, todo sin pronunciar palabra legible, era un balbuceo de horrores y penas.

—¡Sácalo!... ¡sácalo!... ¡déjalo que se vaya por la ventana! ... ¡sácalo!....

Y el hombre seguía gritando y gritando, hasta que la voz se le apagó, y las lágrimas se le secaron. 23 minutos marcó el reloj digital del karaoke desde que él encendiera el micrófono, 23 minutos de sufrimiento para mi mamá.

—¿Cómo te sientes?

—Cada día más curado. Y eso que no creo en tus métodos...

—No creas, solo no perjures de ellos y ellos harán su trabajo.

—¿Mañana entonces a la misma hora?

—Claro... y dile a Eloísa que cuando logre pararse de la cama pase por aquí, ¿ok?

—Claro que sí.

Y con esto lo condujo a la puerta y lo despachó. Cuando regresó a mí, yo aun no había pensado en una mentira que inventarle.

—Bueno, ¿qué me ibas a decir?

—Eeeeh... pues....

—¿Sabes por qué te dejé ver lo que viste?

—¿Por qué?

—Porque no quiero que un niño inocente se deje llevar por las apariencias, como todos aquí en el edificio, ¿ok? ... Sé bien a que viniste... puedo ver ciertas cosas que piensas....

Me sentí violentado. ¿Podía leer mi mente? Mi más preciada y personal parte.

—... y sé cuando la gente miente..... no soy cualquier tipo de ...

En eso volvieron a tocar la puerta.

—Espérame aquí.

De nuevo abrió la puerta, y esta vez entró una señora canosa, con un bastón, y cuerpo encorvado. Intercambiaron algunas palabras y Graciela esta vez le prendió unas velas, la sentó en el sofá, ya sin la sábana, y le tomó las dos manos, con las palmas hacia arriba.

—Cierra los ojos, Carmen.

Y empezó a recitar una jerigonza a la vez que

colocaba un ungüento en la lengua de la señora. Más palabras ilegibles y la vieja tragando, y más palabras ilegibles. Transcurrido un rato, el karaoke sirvió de terapia una vez más, aunque por suerte los gritos no sonaban tan desesperados como la otra vez.

—¡Sácalo, Carmen! ¡Sácaloooooo! ¡Sácalo!

Cuando Carmen se hubo ido y ella se sentó a mi lado, ya yo sabía que decirle:

—Ok. Tú sabes a lo que vine, pero ahora cambié la razón.

—vAhhh ¿si?... sorpréndeme.

—¿Me dejarías oírte cantar?

Sonrió. No había manera de sorprenderla. De alguna forma sí sabía que podía decir la gente. Y al parecer yo no sería su primera batalla.

—Cantaré para ti - me dijo tiernamente.

Con esto cerró las ventanas, aumentó el incienso que se quemaba en la habitación, y agregó:

—Y te daré tu regalo de todas maneras.

Se fue al cuarto, y esta vez ni yo pude ver su fondillo melódico andar. Tanta divinidad había desplazado la belleza maternal de sus curvas. Unos segundos después regresaba con unas velas aromáticas, hechas por ella, y las empezaba a colocar por toda la habitación. A mí me sentó en uno de los tantos cojines que habían en el suelo, el que más alejado estaba de la ventana, y me colocó velas al rededor, unas cuatro o cinco, aun sin prender. Cerró la puerta de la cocina, y la del cuarto, dejando la sala sumergida en un calor oloroso, cual sauna en flores, que relajaban los sentidos a la vez que prometían hacerme sudar. Encendió entonces todas las velas aromáticas y me dijo:

—Respira, nene, respira profundo. Ciérrame los ojos y respira profundo.

Y cual alumno pródigo así hice yo. Y a los pocos minutos la voz más bella, más sonora, más alegre y melancólica, más suave y cálida, más pasional que he escuchado en mi vida, llegó a mis oídos en un canto perfecto. Mis poros empezaron a sudar olores dulces, y el aire aromatizado, colándose en mis pulmones, se me salía por la nariz y las orejas, y los ojos. Empecé a toser, y el aire se me hizo caso. Por suerte llevaba mi apartico del asma, así que aguante un poco e intenté seguir respirando los aromas mezclados. Para mi sorpresa, la falta de aire se fue disipando rítmicamente, en la misma medida que empezaba yo a respirar más fuertemente.

—¡Métela!... ¡métela!... ¡métete mi música!... ¡métela!

Y paraba el pregón para seguir cantando.

Nunca más en mi vida me dio un ataque de asma, y mi madre, luego de la reacción inicial de llamarla bruja y de amenazar con llamar a la policía si alguna vez me le acercaba, terminó por agradecerle el milagro que había obrado en su hijo, ofrecerle su amistad incondicional, y convertirse en su abogada más feroz dentro de la comunidad de vecinos.

---

**DAYANA GUILLÉN.** Habana, Cuba, 1980. Desde el año 2000 ha vivido en varios países; en Panamá, tiene un año. Estudió Relaciones Internacionales, y actualmente trabaja en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Egresada del Diplomado de Creación Literaria 2010, de la UTP.

# Marioneta

POR EDUARDO ESCOBAR

Un séquito de personas, tanto turistas como locales, lo rodeaban. Veían con fascinación su prodigioso y mágico espectáculo. Una vez terminado, los gritos, aplausos y silbidos inundaban la populosa avenida “Los Caminos”. El magnífico Alejandro, considerado como el titiritero más destacado del país, era el principal responsable de dicha algarabía y además, de la amarga desdicha de su rival, el señor Sebastián Jiménez.

El señor Sebastián, uno de los ilustres titiriteros de la época, había perdido un gran protagonismo en la frecuentada avenida. Apenas cinco personas o tal vez tres personas por día, se acercaban a ver su espectáculo. Al terminar, no se escuchaban gritos, ni silbidos de alientos, sólo se percibían el nefasto silencio y el tétrico aullido de la soledad.

Terminada la paupérrima noche, el señor Sebastián guardaba sus amadas marionetas, que-

nes habían sido la principal fuente de alegría en su vida. Cada marioneta tenía un nombre, edad y gustos diferentes. La más vetusta era la Llorona, cuyo pálido rostro y negras lágrimas, dibujaban la pesadez de su quimérica alma; le seguían los tres amigos: Toto, Pepe y Bruno, quienes eran un detective, un albañil y un destacado chef, respectivamente; por último, estaban los gemelos Alexander y Alexandra, de narices redondas, diminutas orejas y cabellos rizados. Alexander solamente contaba con uno de sus ojos, el derecho, esa era la única diferencia con su alma gemela.

De regreso a casa, noté que una gran tristeza lo embriagaba, no logró conciliar el sueño. Entraba una y otra vez al baño, miraba al espejo y le preguntaba en voz alta *¿Acaso he perdido los días de mi vida en esto?, ¿Mi esposa, tenía razón al dejarme?* Sin embargo, nunca escuchó respuesta alguna.

Al día siguiente, decidió ir a visitar a su inseparable amigo de infancia, el señor Carmelo, quien era el Alcalde de la ciudad y un gran fanático de las marionetas. El señor Sebastián nunca viajaba sin una de sus marionetas, ese día decidió llevar consigo a Alexander, ya que era la marioneta preferida del señor Carmelo.

Carmelo, respóndeme con sinceridad ¿Qué tiene Alejandro?

Sebastián No pienses en él.

¡Respóndeme, Carmelo! —exigió desesperadamente Sebastián.

Alejandro, es un verdadero especialista, sus marionetas son mágicas, tienen vida, sus rostros son cautivadores y penetrantes. Lo siento, mi querido amigo, pero no eres rival y nadie en este mundo lo es para él.

Las palabras fueron como dardos venenosos que abrieron una nueva cicatriz en la integridad de Sebastián, sus apretados ojos estaban inundados de lágrimas que evitaban resbalar por sus mejillas.

Vamos, Sebastián, no te desanimes, sé que puedes levantarte – intervino Carmelo. Puedes mudarte a otro sitio de la ciudad.

¡Jamás, Carmelo! Gracias por tu sinceridad, me retiro.